



Doctor Laurentino Muñoz

La Revista Colombiana de Cirugía se asocia al duelo ocasionado por la muerte del doctor Laurentino Muñoz, en quien reconoce sus múltiples méritos personales que lo califican como uno de los mejores servidores del país dentro del ámbito médico. En consecuencia, le rinde un tributo de admiración y respeto, al publicar en esta edición el elocuente discurso pronunciado por el doctor Efraim Otero Ruiz, Presidente de la Academia Nacional de Medicina, con motivo del sepelio del ilustre maestro desaparecido.

Los Editores

Palabras pronunciadas por el Presidente de la Academia Nacional de Medicina, doctor Efraim Otero Ruiz, durante el sepelio del Académico doctor Laurentino Muñoz (julio 3 de 1990).

Señoras y señores:

Venimos a acompañar esta tarde los restos mortales del Académico Laurentino Muñoz, como testigos y reconocedores de los altos valores morales e intelectuales que él representó para la institución y para Colombia. Queremos hacerlo, más que como Academia Nacional de Medicina, como un grupo de amigos y colaboradores, aportando a la soledad de su último viaje la solidaridad y la adhesión que su generosidad otorgó siempre a la Academia.

No por discreto y sobrecogedor el ambiente de este último rito podremos dejar pasar el brillo y el fulgor que acompañaron siempre la vida del Académico Muñoz. Salido desde muy temprano de su nativo Cauca y graduado como médico de la Universidad de Antioquia, desde allí inicia sus recorridos por los principales temas de la salud pública del país en los años 30's, apareciendo ya en Cali en 1935 uno de sus primeros libros sobre "La tragedia biológica del pueblo colombiano", tema éste que lo acompañaría casi hasta el final de sus días. Posteriormente trasladado a Bogotá, se vincula muy pronto con el Hospital San José del que fuera uno de sus miembros más estudiosos y constantes, con un amor por la institución que le brotaba de la entraña misma de su ser y que lo llevaría, en 1958, a escribir la Historia del Hospital en memorable libro publicado por la Imprenta del Banco de la República. No sólo se sabía de memoria esa historia, que arrancaba en la ya célebre fotografía de los fundadores tomada en las cercanías del Campito de San José hacia 1901, sino que vivía, gozaba o padecía con el Hospital sus etapas de gloria y sus momentos de desventura. Yo me acuerdo, desde los albores de mi carrera médica, verlo allí con su bata blanca y su andar un poco desmirriado, siempre receptivo al tiempo con profesores, internos y estudiantes, siempre inquisitivo sobre los últimos problemas sociales, políticos, económicos o médicos, ofreciendo la ironía de sus críticas o la burla de sus gracejos, en que la sonrisa un poco ladeada se escapaba de su boca pequeña. Porque así fue Laurentino y así lo conocieron dos o tres generaciones anteriores a la mía y otras varias mucho después: magro, dinámico, emprendedor, sin aferrarse al lujo cotidiano ni a la presencia física, convencido, como en el epigrama latino que aparece en el pedestal de las Tablas Anatómicas de Vesalio, y que el maestro Valencia conservaba en su casa de Popayán, de que "lo que vive es el ingenio: lo demás, perecerá para siempre".

Ese ingenio fue el que lo llevó desde muy joven a recorrer incesantemente la medicina y sus disciplinas afines, las ciencias exactas, la literatura y la poesía y a escribir trabajos que van desde la historia natural del conejillo de Indias hasta la ecología del conjunto humano, desde el papel de la mujer en la medicina colombiana hasta la violencia y la tierra en el terremoto de Popayán. Todo con criterio de historiador que vivía atento a que su historia contemporánea será después la historia del mundo y como tal registraba lo importante y lo innecesario, lo trivial y lo trascendente. Por eso su curiosidad y su pluma nos

dejan una colección de papeles inéditos que cuando puedan publicarse llenarán varios volúmenes que giran en torno de la medicina colombiana, de sus necesidades, sus ambiciones y sus problemas. Esa curiosidad hacía que cuando alguno de nosotros se preocupaba por el aspecto histórico de algo sucedido médicamente en los últimos 50 o 60 años, buscara a Laurentino como oráculo y como guía, que con su generosidad habitual lo llevaría a investigar las fuentes exactas, si era que ellas no estaban ya en los laberintos mnemónicos de su prodigiosa cabeza.

Pero es que, además, el Académico Muñoz vivió siempre en función de la integridad como norma y precepto de la profesión médica. De él pudo decirse, como en el soneto de Jorge Robledo Ortiz dedicado al abuelo:

*“Nunca conoció el dolo, ni recorrió el atajo
que crucifica el alma sobre la cobardía . . .”*

Era de las personas que saben que la norma de la honradez tiende a desaparecer en nuestro país desde hace ya mucho tiempo y por eso se mantuvo impertérrito junto a ella, desprendido como asceta de las comodidades materiales y de los beneficios personales, siempre avizor hacia cuanto pudiera criticar o mejorar, sacando fuerzas de su flaqueza física pero dueño casi mesiánico de una reciedumbre moral que muchos le admiramos. Así, nos decía que por más de 100 años el pueblo colombiano estaba abandonado a los vicios y a las enfermedades transmisibles, al crimen, a la desnutrición y a la pobreza sin que los gobiernos dedicaran ni el interés ni los recursos necesarios para resolver de una vez por todas esas situaciones. Y esto se lo repetía con gran seriedad y desfachatez tanto al Ministro como al estudiante, al Académico como al interlocutor circunstancial, afilando siempre sus verdades dolorosas con estadísticas que parecían salir como por encanto de sus arrugados bolsillos. Al poco tiempo todos aceptábamos, casi que como un mal inevitable, su crítica persistente y demoladora; pero sólo los necios se atrevían a ignorarlo, pues nos dejaba siempre con la inquietud de que las cosas podrían hacerse mejor de lo que se estaban haciendo. Pero no sólo decía con palabras, convencido de lo aéreo y transitorio de las mismas, sino que lo dejó desde muy temprano escrito en sus artículos y en sus libros, cuyos sólo títulos (“La tragedia biológica”, “El apogeo de las enfermedades evitables en Colombia”, “Tratado elemental de Higiene para la educación pública”, “Un informe de la nacionalidad”), nos hablan de lo que fue su preocupación constante y angustiada por los destinos de nuestro pueblo.

Pero tuvo además como derrotero la compasión y la generosidad en su ejercicio profesional, que lo llevaron a desdeñar una carrera promisoría para dedicarse con liberalidad al servicio de sus semejantes. Un Académico ilustre, profesor universitario y gloria de la ciencia colombiana, recuerda cómo en sus años de estudiante, cuando vivía sólo y pobretón en una pensión de Bogotá, fue víctima de un tifo exantemático, enfermedad por demás mortal y peligrosa en la época pre-antibiótica. Como no tenía otro recurso, llamó para que lo tratara el Dr. Laurentino Muñoz, quien por entonces se desempeñaba como médico de la Universidad Nacional. Y éste no sólo acudió con prontitud y desvelo sino que lo trató como colega y como padre, trasladándolo al Hospital San José donde lo tuvo recluido más de 20 días, prodigándole la dedicación de su asistencia como sólo hubiera podido hacerlo con un pariente o un amigo de muchos años. Y así son las historias que narran infinidad de sus pacientes a quienes, como a nosotros en este día luctuoso, entristecen las reminiscencias de quien amó y ejerció con cariño la profesión médica.

Por esas y muchas otras razones sus amigos y colegas cumplimos hoy con el sagrado deber de acompañarlo en esta hora decisiva, en que sus restos mortales son entregados como pavesa al polvo de la eternidad. La Academia Nacional de Medicina quiere declarar que lo acogió y lo tuvo por más de 35 años como uno de sus miembros más ilustres. Que sus enseñanzas y sus inquietudes, sus observaciones y sus desvelos, hicieron del camino recorrido por la Academia no siempre el más fácil pero sí el más promisorio y el más íntegro, siempre en busca de lo mejor para la ciencia y lo más provechoso para la salud del pueblo colombiano. Las normas que él subrayaba con su voz estentórea permanecerán siempre al lado de quienes consideramos la vida ante todo como una estructura moral. Y su ejemplo será puesto a la vista de las generaciones que desde ahora nos acompañen y nos sucedan, como paradigma de lo que debe ser una vida médica puesta al servicio de la comunidad y de la patria.